



# Un cuento NEGRO

**HACE** ya treinta años de esto y en mi recuerdo no se desdibujan las imágenes, ni en la memoria se me confunden los detalles. Años felices fueron aquellos. Años de inefable felicidad, que, por lo mismo, se disfrutó a todo trapo.

Mi hogar era completo. Teníamos en el comedor de casa la mesa más grande del barrio. A la cabecera don Nicomedes y doña Victoria. De izquierda a derecha: Pedro, Rosalina, César, Fernando, Octavio, Jorge, Concho, Toya, y yo y Rafo. "Yo tengo plato bonito y tú no tienes..."; "¿Quién está comiendo con mi cuchara?..."; "¿Qué me repitan!"; "¿Quié más jugo?". Años felices aquellos. "Cos la comida no se juega...", en la mesa como en misa" decía mi madre, acallando y disciplinando sus diez hijos. "Diez trajes al mundo y los diez viven, con el favor de Dios..."

Años de inconsciente felicidad, aquellos que vivi hace ya tres décadas. Los domingos llegaban mis tías, mis primas, la mamacita y la mama.

Salíamos al campo. Lima estaba rodeada de potreros y huacas. Nosotros, los chicos, cazábamos lagartijas por entre las tapias. En la cumbre de la huaca, sobre las derruidas paredes seculares, los mayores, en círculo familiar, comentaban la "vida y milagros" de la decadente "aristocracia" limeña: "La Paquita no es hija legítima de los O... eso fue cuando la niña mayor de don Juan Manuel se escapó con su cochero...55 Nos daba sed y la tía nos regalaba con un vaso de chicha morada, tío con unas "ponderaciones" riquisimas y mamá con un regaño "¿Dónde te has metido que estás la majoncho... ¡no se revuelquen o los vuelvo a casa...!"

Ahora hablaban de "penas" y "entierros". Luego volvían a la genealogía limeña: "Cuando doña Mariana envió a su marido le dejó una fortuna en metálico y tres solares en La Amargura; pero vino un francés y le botó hasta el último centavo, se le llevó una hija y la pobre señora enloqueció...". Oscurecía. Los grillos empezaban su monótono trinaro y nosotros queríamos volver a casa. La mayor de mis tías contaba un cuento. Me gustaban mucho aquellos cuentos, aunque todos, o casi todos, terminaban igual: con el negro en la tina de jabón hirviente o en la palia de miel, como castigo por haberse enamorado de su amita... pero, escuchemos:

**"FRANCICA, BOTA FRIFRO..."**

"Había una vez un negro angola que trabajaba en el campo, plantando arroz, cortando caña o apañando algodón. Su mujer se encargaba de los quehaceres de la casa y cuidaba de sus tres hijos, porque ellos no vivían en el galpón sino en la ranchería, atrás de la casa-hacienda.

"Un día, al volver de sus labores

caminando a su casa, el negro vio un venado atado a un huarango. Sacó su machete del cinto y de un certero golpe cortó la sogá anudada al arbolito y cargó con el venado para su casa.

"Al llegar sonriente, hablando el fruto de su robo, advirtió que su mujer cocinaba en una lata puesta al fogón, un guiso de frejoles con teta de chancha. Entonces el negro le dijo a su mujer: "¡Francica, botá frifro, que son comé venarique...". Pero la negra, pese a ver que su marido efectivamente jalaba un venado de regular tamaño, quiso por adivinar que era robado, no hizo el menor caso y siguió cocinando sus frejoles. El negro, con toda calma, amarró el venado a una estaca, empuñó el machete para matar al animalcijo y vol-

vió a decir a su negra: "Francica, botá frifro, que son comé venarique...". Esta vez, la negra, al escuchar el tono energético con que le hablaba su marido, no se hizo repetir la orden y, cogiendo la lata, arrejó su oloroso contenido a la pequeña acequia que corría junto a la casa. Luego de botar su guiso de frejoles esperó que su marido matara el venado para cocinarlo.

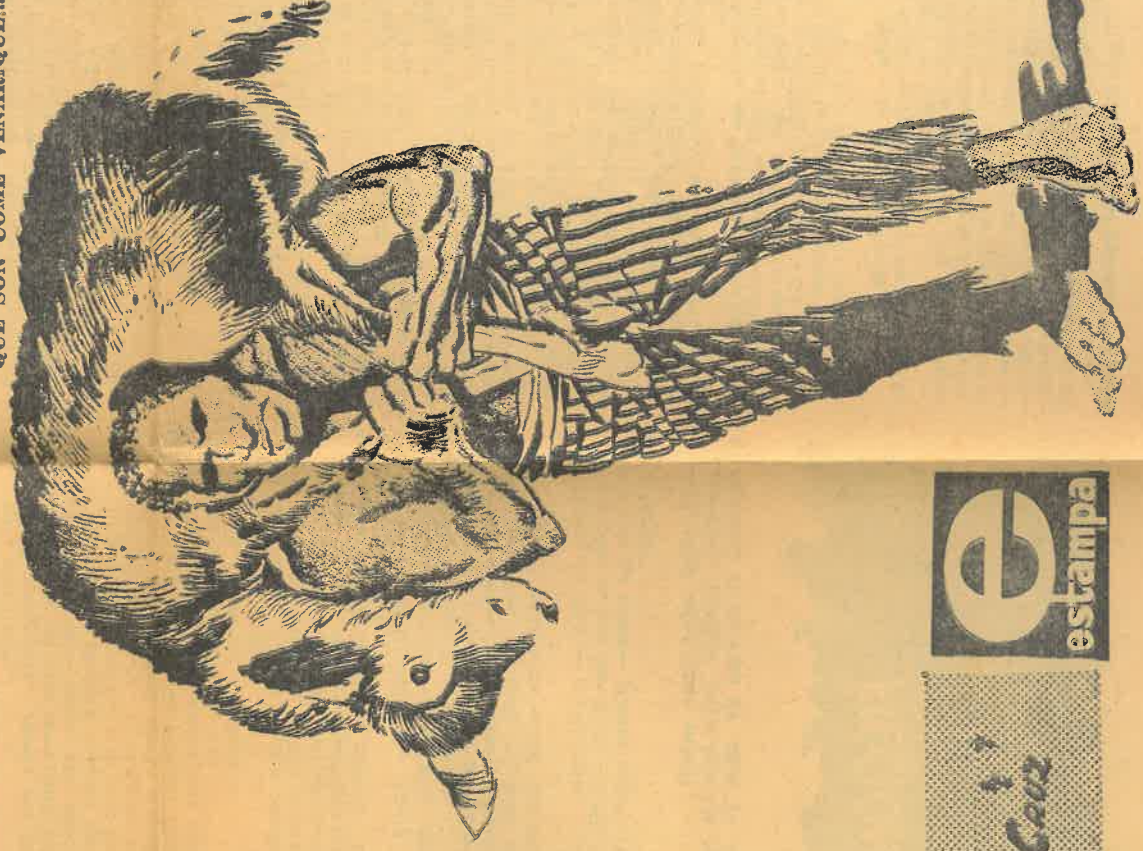
El negro estiro el armado brazo calcinando degeñar de un solo golpe su presa. En efecto, tiró el machetazo, pero con tal mala suerte que, en vez de darle al cuello dio a la sogá que lo ataba. El venado, al verse libre, fugó corriendo monte arriba, y así, el negro ladrón, su mujer y sus tres hijos se quedaron sin comer, porque, como dice el refrán: "Lo mal adquirido pronto se pierde...".

Años felices aquellos, los de mi infancia, cuando mi hogar era completo.

Han muerto la mamacita, la mamama, don Nicomedes, doña Victoria, Pedro... Otros han viajado lejos, muy lejos: Rosalina en Estados Unidos, Toya en Francia, Rafo en España... pero no se desdibujó en mi memoria la imagen hogareña del rito gastronómico en nuestra mesa, ¡la mesa más grande del barrio!...

Otro día volveré por aquí para contarles uno de los tantos cuentos que escuché de refilon junto al ameno círculo familiar.

Este cuento folklórico, que indudablemente data de la era negro-esclavista peruana, dio origen a un refrán muy popular hasta hace pocos años. Se aplicó —entre la gente de color— a los que actualmente llamamos "snobistas". Es decir, al que por pretensión o pedantería deja lo suyo, propio y duradero, por lucir ostentosamente lo que será efímero e impropio. Así, cuando una negra de aquellos tiempos, despreciaba a otro negro por aceptar los requiebros amorosos de un blanco, la cofrada del galpón le gritaba en son de burla: "¡FRANCICA, BOTA FRIFRO QUE SON COME VENARIQUE!"



Por Nicomedes Santa Cruz

estampa